

Estas crónicas, que publicamos en forma exclusiva, autorizadas por Marta Albornoz de Edwards, aparecen todos los domingos. Anotamos, al pie de cada una, el mes y el año en que fueron escritas.

NOTA SOBRE PEZOA VELIZ

EL POETA Carlos Pezoa Véliz nació el año 1879. Era hijo de español y de criada chilena. Le adoptaron los patrones de la criada cuando ésta falleció. En una sociedad con poca imaginación se hacen valer como méritos esenciales de la persona la legitimidad y la buena cepa. No tener méritos es una causa de acritud y de tristeza. Pezoa Véliz actuó en su juventud en el Valparaíso de la respetabilidad social, comercial y católica de doña Juana Ross, equivalente a la época victoriana de Inglaterra. Puritanismo mixto de crueldad y de hipocresía. Pezoa se hizo a su vez cruel y burlesco. El que vive entre lobos termina por aullar como lobo.

Disfrazado de futre porteño, después de alguna noche de intemperie, se burló de sí mismo en aquella recova del viejo Valparaíso cuando puso su último veintín en el mesón grasiento ¡Un pequén!

A los que sueñan renombre y gloria y hacen su almuerzo con un pequén.

Pequén es un diminutivo de empanada. Un hijo menor con menos pino. Menos carne y más cebolla con color. Condomio de urgencia.

Cuando escribió el verso apuntado, Pezoa Véliz resbalaba sin remedio a la terrible noche obscura. En el invierno de 1908 se fue... en una cama de hospital. Los tres Silva Endeiza, Jorge Gustavo, Víctor Domingo y Hugo, son los mejores testigos de la tragedia de Pezoa. Testigos vivos, Víctor Domingo le despidió diciendo: "Tu vida fue un infierno de sueño y amargura".

Los poetas en Valparaíso viven como roedores nocturnos. La claridad del día y de los negocios les hace daño. Les ciega. Es de mal tono ser poeta. He oído a madres que gritan a algún hijo sucio: "¡Anda a cortarte el pelo, porquería! ¡Ya vas pareciendo poeta!"

Los poetas y los periodistas no somos gente "distinguida". No me vengas con desmentidos. El año 1901 publiqué con Alberto Díaz Rojas, un periódico, La Juventud. En 1902 publiqué El Pololo. Producía pánico.

Hace medio siglo murió Pezoa. La exhumación de ahora me parece cruel. Se va perfilando su fantasma de pelele, como ilustración de un cuento para llorar. Un cuento del Valparaíso mitológico, de los carritos urbanos, de las "chaurrinas", de la Heladería Rodríguez y del conventillo de La Troya.

Entre mis doce y mis diecisiete años pesqué el virus literario. Leía La Lira Chilena, Instantáneas y otras revistas. Miraba pasar con admiración a los bohemios, Enrique Lynch, Ventura Fraga, Abelardo Varela, Federico Gana, Juan Manuel Rodríguez, José Novoa, Pezoa Véliz y Carlos Cabezón o Kaka.

Este último era adepto a la ortografía fonética de Neumann. Había publicado una novela, La Kerida, firmaba Karlos Kabezón. De ahí K.K.

Ventura Fraga, con el pelo los ojos y el bigote negrísimo, semejaba una caricatura con tinta china.

El poeta Pezoa tuvo diversas figuraciones. Osciló, como diría Chocano, entre ser ácrata o aristócrata. Fue anarquista y siútico. Anarquista, cuando escribió en las columnas de El Matasiete. Siútico, cuando se hizo profesor en Viña del Mar. No se podría imaginar un anarquista en la ciudad de la Quinta

Vergara, del Sporting y de la playa de Montemar.

En 1902 Ventura Fraga publicó una novela anarquista con nombre de graznido: Krach.

El Matasiete fue un nombre de periódico anarquista alusivo a los siete muertos por personal de El Mercurio durante el ataque de las turbas para incendiar dicho diario. Noche entre el 12 y 13 de Mayo de 1903. Ya habían incendiado el edificio de la Compañía Sudamericana de Vapores. La huelga estalló a causa de la negativa de la Compañía para pagar sueldos estables, con valor fijo, en peniques.

Pezoa fue genus irritabile. Estos irritados irritan a cuantas personas se les acercan. Son sembradores de angustias y es mejor apartarse de ellos. Estos seres, derrotados de antemano, tienen, como Benson, la intuición de la ferocidad de la vida y del desastre inevitable.

—¿Cómo era Pezoa?— pregunté a Jorge Gustavo Silva.

El poeta y abogado me respondió:

—Era blanco, de ojos claros, de silueta elegante. Le agradaba vestir bien, en ocasiones. Le conocí en la bonanza y también en la miseria. Solía pasar las noches dando vueltas en carro, bajo los ojos tristes de la conductora, alguna madre trunca frente al pobre futre derrotado. Su genio se echó a perder. En la calle Esmeralda, cuando empieza a desfilar la gente conocida para espiarse mutuamente, el poeta se entretenía jugando con los conocidos que pasaban. Se hacía como que iba a saludar y de pronto esquivaba la cara. Después se inclinaba y me decía con crueldad: "Lo estoy tacticando".

Una de las etapas en la vida del poeta consistió en su deseo de adaptarse a la clase victoriana. Se vistió con une certaine recherche. Así aparece en la fotografía de él, que Víctor Domingo dio al Zig Zag en 1908. Cuello alto, de pone y saca, de la Camisería Matta, un traje de Grote y flor en el ojal. Peinado con partidura. La mirada indecisa, burlona y siniestra, demuestra la perturbación producida por él por su desajuste en la sociedad.

En Valparaíso fracasó Rubén Darío en 1888. Pezoa, en 1908.

Ahora, tantos años más tarde, un alcalde, con talento y sensibilidad, se ha acordado de los artistas. Ha arrojado estrellas de recompensa por las ventanas del Municipio.

¿Es posible alcanzar la gloria en vida? No lo creo. Podríamos alcanzar cierta consideración por nuestra asiduidad y esfuerzo.

La gloria es una quimera. Gloria en vida es acaso un hecho para contados cientistas y deportistas. Demos gracias de que Chile sea el país más lector y más curioso de nuestra América. Más que España. "Cervantes no figuró nunca en la alta intelectualidad de su patria. Le tenían por un hombre chistoso (para leerlo), indocto, sin carrera, un pobre hombre lisiado, tartamudo y desdichado. No había compuesto un libro serio" (Azorín).

¿Gloria? "La gloria sin el poder- dijo Barrés- es la humareda del asado que se va a comer otro".

Silverio Lanza: "La gloria es una cosa que dan los que no la tienen".



Rubén Darío fue a saludar a Verlaine en cierto café del bulevar.

Debutó con la expresión respetuosa: La Gloria. Verlaine, furioso, replicó: La Gloire? Merde, merde, merde...

La afirmación del valor de los escritores tarda docenas de años. Tomemos el caso de Jorge Isaacs. Este autor vivió en Chile dos años, después de la publicación

de su novela María. Vivió aquí como un desconocido. Más tarde, algunos escritores chilenos leyeron su obra. No les agradó. Demostraron su superioridad enumerando las faltas que contenía.

La incomprensión persiguió a Isaacs sin cesar. En Colombia se burlaron de él y de su novela, hasta el punto de hacerle preguntar: "¿Fue acaso un delito haberla escrito?" (junio de 1946).

